



El canto en la Aurora

MARÍA ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN





*El canto en
la Aurora*

MARÍA ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN



CECAR
EDITORIAL

2021



Corporación Universitaria de Caribe – CECAR

Rector

Noel Morales Tuesca

Vicerrector Académico

Alfredo Flórez Gutiérrez

Vicerrectoría de Extensión y Relaciones Interinstitucionales

Liliana Patricia Álvarez Ruiz

Coordinador Editorial CECAR

Jorge Luis Barboza

editorial.cecar@cecar.edu.co

© 2021. María Alejandra García Mogollón, autora.

Ilustraciones: Julio Verbel Anachury

ISBN: 978-958-5547-98-8 (digital)

DOI: 10.21892/9789585547988

Colección *Literatura Infantil*

Sincelejo, Sucre, Colombia.

García Mogollón, María Alejandra
El Canto en la Aurora / María Alejandra García Mogollón ; ilustraciones Julio Verbel Anachury. -- Sincelejo : Editorial CECAR, ©2021.

34 páginas : ilustraciones a color

Colección Literatura Infantil

ISBN: 978-958-5547-98-8 (digital)

1. Literatura infantil colombiana -- Siglo XXI 2. Cuentos infantiles colombianos -- Siglo XXI I. Anachury Verbel, Julio, ilustrador II. Título.

863.5 G216 2021

CDD 22 ed.

CEP – Corporación Universitaria del Caribe, CECAR. Biblioteca Central – COSiCUC

Contenido

Presentación4

El Canto en la Aurora

Las cortinas al pasado11

La ruta de la canción17

Lecciones de vuelo musical19

La canción y el maestro25

Presentación

El Canto en la Aurora es un cuento donde se mezcla el mundo real y el mundo de la fantasía, donde la inocencia carece de límites para alcanzar lo que se sueña.

Es un cuento de fácil lectura por el enfoque del tema, el lenguaje y la forma de escritura, pero de profundo sentido de lo humano. Es un cuento redondo y suave como para ser contado en el oído antes de irse a dormir. Un cuento para creer en el milagro de vivir, de respeto y admiración por la vida.

Salvo el pajarito Noor, que habla y se comporta como un ser humano, todos los demás personajes son de carne y hueso, provienen de lo real. Sofía, en cambio, pertenece a dos realidades, y que logra sacar lo mejor de estas para avanzar como persona. Lo real y lo mágico nunca chocan porque todo ocurre en total equilibrio. Ese mundo privado de Sofía donde ella habla con Noor, un pájaro que es su maestro de canto, y la realidad donde ese acto

Presentación

maravilloso ocurre no entran en conflicto nunca. De alguna manera, esas dos realidades potencian el relato, y le dan un ambiente de conmovedor y sensible misterio literario.

El Canto en la Aurora narra con suma delicadeza la posibilidad de superación de los obstáculos y la alegría de poder hacerlo gracias a la imaginación. Como en toda historia mágica, un intermediario maravilloso, en este caso el pajarito Noor, ayuda a una niña amorosa y tierna.

Es un cuento cuyo mensaje es el optimismo y la elevación de la autoestima, en tal sentido, seguramente El Canto en la Aurora ayudará a muchos niños cuando lo lean a creer firmemente que los sueños sí se hacen realidad.

Carlos Ildemar Pérez





*El canto en
la Aurora*



El que escucha música siente que su soledad, de repente, se puebla.

Robert Browning







Las cortinas al pasado

La brisa agitó las cortinas rosa bordadas por mamá para Sofía en su cumpleaños. Una canción entró por la ventana. Voces de vecinos, amigos reunidos justo antes de comenzar el día se preparaban para el recorrido por el pueblo. El sol no había aparecido aún, pero las luces de diciembre iluminaban el camino de quienes se preparaban para iniciar las festividades.

Un vestido amarillo de lunares blancos esperaba por Sofía sobre la silla de madera. Mamá, en la madrugada, preparó café, abrió la ventana con la esperanza levantar a Sofía y verla brillar con aquel vestido hecho por la abuela Marina. Ella solía coser la ropa de la pequeña desde su nacimiento. Aquel vestido de lazo grande era el preferido de Sofía porque cuando daba vueltas y vueltas para que el aire subiera e hiciera un gran globo, imaginaba que la elevaría como los globos que vendían en el parque.





Mamá se había puesto su rosario en el cuello, lista para tomar el café despertó a la pequeña:

—¡Sofía!, ¡Sofía! Levántate. La aurora se acerca, esta celebración llena de cantos de navidad y rezos a la virgen. La abuela Marina te ha enseñado bien para que nos acompañes hoy por primera vez.

Sofía se sentó frente a la ventana, cruzó los brazos y recostó su cabeza en el marco, desde lo alto podía ver las velas encendidas, muchas flores en numerosas manos y las mujeres mayores vestidas de blanco y a todos sus amiguitos de la escuela.

—Mami, cuéntame de nuevo sobre la primera aurora a la que fuiste con abuelito Pedro.

Mamá se acercó a la ventana y abrazó a Sofía.

—Te gusta mucho esa historia. Pues bueno, el abuelo la contaba mejor que yo. Recuerda lo que te digo, no lo olvides, así podrás contárselo a tus hijos. Siempre, antes de navidad, acompañaba a mami Marina a comprar las velas de colores para tenerlas listas el 8 de diciembre y hablar con las amigas que harían el recorrido de la aurora. Pero papi Pedro madrugaba todas las mañanas para ir a trabajar al mercado y no podía acompañarnos.

Un día mamá Marina se enfermó y papá decidió llevarme a la aurora. Me montó en sus hombros, con apenas 8 años, él me mostraba la aurora por primera vez, lo mejor de todo es que podía ver todo desde lo más alto. Las canciones me las enseñó Mami Marina. Todo el pueblo se reunía en una caminata por los barrios, rezando el rosario, cantando y recogiendo más personas en el camino. Delante del largo desfile siempre se lleva a la estatua de la virgen.

El padre Cipriano lideraba la marcha hasta que llegamos a la iglesia, allí todos recibían un vaso de chocolate y un pan. Después de esa navidad, mamá me llevaría cada año en esos nueve días de novena que cierran con la celebración del día de las velitas. Vamos, ahora debo llevarte y que conozcas más a fondo sobre esta tradición de nuestro pueblo. Bueno, basta de charlas que debes usar el vestido y volar con esas canciones.

—Mami ¿me toca cantar? No quiero. No puedo cantar bien, suena como...

En el rostro de Sofía se dibujaba una tristeza contenida en sus labios que no podía seguir.

Su madre respondió:

—¡Claro amor!, todos vamos a cantar.





—Pero yo canto feo.

—¿Quién te dijo eso Sofía? Eso no es verdad. Vamos... vamos y verás cómo sonarán las canciones, flotarás con sus melodías.



DO RE MI FA SOL LA SI





La ruta de la canción

Sofía no quería cantar. Ella olvidaba las letras de las canciones, cantaba más fuerte que las demás compañeras de la escuela, miraba a todas partes mientras debía cantar y se perdía en la canción.

El recuerdo de la profesora Betty era constante cuando le decía: “Sofi, no cantes amor. Vamos a dar palmitas: uno, dos, uno, dos”. Así que ella sabía que no podía cantar.

Los días pasaban fácil cuando no tenía que cantar, pero ella sabía que amaba escucharse, solo que no podía hacerlo frente a los demás.

Ahora había llegado la aurora, era finales de noviembre, las clases ya solo eran reuniones para quienes el año estaba perdido, pero ella sufría porque el estudio no era su preocupación, lo eran las canciones de esta fecha en la que solo algunas salían bien libradas de las burlas de los compañeros.



Al salir de casa con mamá, la aurora ya era una masa grande de personas conocidas: sus compañeras María, Lucía, Patricia y Ana iban delante de la procesión con faroles de colores, cantando “Es María la blanca paloma...”. Todos los vecinos se unían a la celebración. Sofía seguía sin ganas de cantar, temía a que otros la escucharan y rieran de ella por no poder hacerlo bien.

—Vamos Sofía, canta. Todos lo harán contigo. No tengas miedo.

Sofía se unió al grupo de la mano de mamá. Susurró la canción con la sonrisa pegada del vuelo de una mariposa. Sintió la alegría del vuelo con la música que inundaba las calles. Fue un amanecer lleno de color, canciones y muchos faroles anunciando la navidad. El nuevo día dejó recuerdos de su voz revoloteando en su mente. Empezaba a confiar en que podría hacerlo.





Lecciones de vuelo musical



De regreso a la ventana de cortinas rosa, Sofía supo que el miedo había escapado solo por un instante, porque muchos cantaron a su lado y las sonrisas fueron desde el compartir.

No tenía claro aún si pudiera cantar sola, no sabía si podría hacerlo ante muchas personas, si lo haría bien.

Se quedó pensando en todo ello y fijó su mirada en la casa de doña Mirna, la más antigua solitaria cantante del pueblo. Desde su ventana podía ver la sombra de la silueta de la gran dama. Imaginó que ella le enseñaba frente al piano, imitando melodías como pajaritos.

Los ojos de Sofía se cerraron lento con la brisa tibia jugando con su cara y su cabello. Un sonido de hojas secas en el pasto la despertó de su pensamiento. Era un



pequeño pájaro de plumas brillantes, de colores azul, verde claro, líneas doradas. Sus patas hicieron ese sonido a hojas secas en el pasto, con el marco de la ventana.

El pájaro no se asustó al ver a Sofía. Se acercó a ella cantando una melodía fina como las ramas altas del árbol de mango del patio de la casa. Su cola danzó con la melodía.

—Cantas muy lindo pajarito. ¿Cómo te llamaré?

Sofía tocó el plumaje brillante del pájaro y la mano de la pequeña se detuvo al escuchar:

—Tengo nombre. Me llaman Noor.

—¿Puedes hablar? En verdad ¿no estoy soñando?, pica mi brazo para saber que no estoy soñando.

Noor le cantó a Sofía en el oído: “Soy la luz que enseñará al corazón de Sofía a cantar”. La melodía se quedó en la cabeza de la niña. Trató de imitarla, pero Noor la detiene: “No te afanes por cantar, yo te enseñaré”.

Las horas pasaron con el asombro de Sofía, pero no dejaría de soñar en la promesa del pájaro.



A la mañana siguiente, Sofía cerró la puerta de la habitación. La luz del sol apenas estaba calentando la ventana. La cortina fue retirada por las pequeñas manos de Sofía y Noor tocó la ventana en busca de Sofía, quien regresaba del desayuno y el segundo día de la aurora. Ambos se alegraron de verse.

— Estoy lista maestro.

— ¿Ya no me tienes miedo?

— Tengo miedo de no poder cantar bien, que los demás se rían de mí. Quiero cantar como todos, sin equivocarme, sin que me digan que mejor no lo haga.

— Está bien pequeña, vamos a comenzar.

Noor inició un juego con la pequeña Sofía: subía y bajaba al tiempo que su canción lo hacía. La melodía era seguida por el viento que los ayudaba a sentir el palpitar de la música. Las cortinas rosa también danzaron al compás de las alas de Noor y la voz que empezaba a florecer por parte del pequeño pájaro, es así como Sofía se animó mucho más a cantar para el tercer día de la aurora.

La mamá de Sofía escuchó toda esa música y corrió hacia la habitación. Pensó que por fin a su hija se le había quitado el miedo de cantar. Al girar la perilla de la puerta,





Sofía se asustó. Noor voló lejos por la ventana. Mamá entró y todo quedó en silencio. Sofía triste, no pronunció palabra. Su mamá le pidió que volviera a cantar, pero ella estaba asustada de pensar en que Noor no regresara después de ese susto.

Al momento de despedirse Sofía y su amigo Noor sabía que la canción que jugaron por los aires era mágica, los hilos de la melodía se juntaban en las alas de Noor y las manos de Sofía. Al ver como se alejaba el pájaro, Sofía notó que el pájaro ingresaba en la casa de la cantante, quien no había asistido a la aurora porque se decía que estaba enferma.







La canción y el maestro



Pasaron varios días y Noor no había regresado. Sofía temía de no volver a ver a su amigo. Lo esperaba cada mañana después de la aurora, pero no llegaba. Mamá y Sofía no se habían perdido un solo día.

La aurora estaba por terminar, puesto que se acercaba la fecha del día de las velitas, pero Sofía ya no hacía el menor intento por cantar. Solo rezaba por su amigo, todo desde el silencio de la canción en su corazón.

Esa tarde todos los vecinos hablaban de una sola cosa en el barrio, estaban conmocionados por la enfermedad de la Señora Mirna, se veía en verdad muy enferma.

Hacía días se había enfermado igual, pero hoy ya se veía peor. Sofía y su mamá, fueron a verla y a llevarle unas manzanas. Sofía se puso muy triste por ver así a

la señora Mirna. Al salir de la habitación Sofía logró ver unas plumas de su amigo en el patio del centro de la casa de la señora. Tomó una de ella y corrió a casa.

Al regresar a su habitación, su mirada se concentró en la pluma en sus manos y en la casa de la señora Mirna, la imaginó al piano, sentada cantando. Los recuerdos volvieron con más fuerza: Sofía cerca con su cuaderno de apuntes a la espera de aprender a cantar. En ese instante, escuchó una melodía, hermosa. En el fondo de la habitación. Abrió los ojos y allí estaba Noor, cantando para ella.

—¡Volviste!

—Sí. Estoy contento de verte mi niña. Debo irme de nuevo y no podré regresar.

—No. ¿Por qué? Eres con quien puedo cantar con libertad.

—Es necesario que me vaya. Mi última misión no la pude completar antes del vuelo eterno. Quiero agradecerte porque me permitiste cumplir con enseñarte a cantar como lo habíamos iniciado en mi casa, al piano.





Así, Sofía comprendió que Noor era parte del alma de su maestra de canto. Sintió tristeza por saber que pronto ya no podría saber de ella, al mismo tiempo agradeció a Noor por volar a ella y enseñarle lo que hacía falta para dejar el miedo lejos.

Era el último día de la aurora y la familia estaba completa en este recorrido, cantaron y soñaron con los años por venir. El chocolate y el pan que todos compartieron estuvo lleno de risas y nuevas canciones.



La última plegaria del padre y todos los asistentes fue por la salud de la señora Mirna, quien se había perdido esta aurora y era quien daba alegría a los acontecimientos del pueblo.

A la mañana siguiente, mientras Sofía esperaba a Noor, la Mamá la llamó con gran insistencia.

—¡Sofía! Hija. Ven pronto debemos ir a la casa de la señora Mirna. Está muy mal.

Sofía se arregló el cabello y se puso chancletas y corrió a ver a la señora Mirna.

Todos los vecinos pasaban a verla, le daban sus saludos, entregaban flores, cartas, encendían velas, hacían plegarias a las a fueras de la terraza de la casa.





Ella había acompañado a las fiestas de matrimonio del pueblo. Al nacimiento de los niños y jóvenes, era querida por su alegría, su solidaridad y, sobre todo, por su voz, era comparada con la de un ruiseñor. Tenía muchos años, pero era tan alegre y su voz de una belleza y fuerza que imaginaron que no se apagaría.

La señora Mirna había enseñado con su piano a todos los niños que después se convirtieron en músicos del pueblo. Todos le demostraron cuanto le querían.

Sofía regresó a la casa. Estaba triste, no tanto como los demás, quienes lloraron y contaron historias en donde la protagonista era la señora Mirna. Ya en la habitación, abrió la ventana a la espera de Noor. Esta vez, la melodía llegó desde lejos, al ritmo de las alas que se movían en el cielo. Sofía estaba alegre de nuevo. Su amigo y maestro llegó a enseñarle.

—Hola Sofía. Es grato saber que estas esperándome.

—¡Claro! Mi Noor ha regresado. ¿Qué vamos a cantar hoy?

—Bueno, la canción de hoy es la última que voy a enseñarte. Esta es mi despedida.

—Eso no es verdad.





— ¡Síiiii! Sí lo es.

— No quiero que te vayas.

— Tengo que hacerlo. Escucha con atención. La canción no tiene melodía que puedas escuchar, es la voz de tu alma recordando estos días de la aurora, de perder el miedo, de soñar que un día serás grande y enseñarás a tus hijos y a otros más la canción de la fe en tu voz.

Así Sofía hizo silencio. Volvió a la ventana. No pudo decirle una sola palabra, vio que Noor ingresó a la casa de la señora Mirna y no sintió miedo de seguir sola.

Pasaron varias horas y el sol se escondía en el horizonte. El calor había bajado. La mamá de Sofía la llamó al final de la tarde, para contarle sobre la partida de la señora Mirna al cielo.

El amigo pájaro y la vecina querida con voz de ruiseñor partieron la misma tarde, dejando música y canciones como recuerdo.

Sofía quedó con su primer recuerdo del último día de su primera aurora.





Edición digital
El Canto en la Aurora
Julio, 2021
Sincelejo, Sucre, Colombia

El canto en la Aurora

MARÍA ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN

El Canto en la Aurora es un cuento donde se mezcla el mundo real y el mundo de la fantasía, donde la inocencia carece de límites para alcanzar lo que se sueña.

Es un cuento de fácil lectura por el enfoque del tema, el lenguaje y la forma de escritura, pero de profundo sentido de lo humano. Es un cuento redondo y suave como para ser contado en el oído antes de irse a dormir. Un cuento para creer en el milagro de vivir, de respeto y admiración por la vida.

Es un cuento cuyo mensaje es el optimismo y la elevación de la autoestima, en tal sentido, seguramente El Canto en la Aurora ayudará a muchos niños cuando lo lean a creer firmemente que los sueños sí se hacen realidad.

Carlos Ildemar Pérez

